

## Epigrafía y cultura escrita en la Antigüedad clásica

► Manuel RAMÍREZ SÁNCHEZ [Universidad de Las Palmas de Gran Canaria]

CUENTA CAYO SUETONIO TRANQUILO, en quien tanto se inspiró Robert Graves, cómo el emperador Augusto había hecho testamento un año antes de su muerte, acaecida el 19 de agosto del año 14 d. C. El testamento de Augusto, escrito en dos códices, en parte por él mismo —cabe suponer que con la peculiar ortografía que Suetonio adjudica al *princeps*—, en parte por sus libertos Polibio e Hilarión, fue leído ante el Senado, junto con tres rollos «igualmente sellados». Uno de aquellos rollos conservaba «una relación de sus hechos» («*indicem rerum a se gestarum*») que, como explica Suetonio, había sido escrita con el objeto de que fuera grabada en dos tablas de bronce, que debían colocarse delante de su Mausoleo.<sup>1</sup>

Aquellas *Res Gestae Divi Augusti*, grabadas en sendas *tabulae aenae*, también fueron reproducidas en diversas copias que se realizaron en otras ciudades del Imperio. El destino quiso que los bronces originales se perdieran, como tantos testimonios escritos en la Roma antigua realizados sobre un material de tanto valor. Sin embargo, gracias a la repetición en otras ciudades, conocemos el testamento político de Augusto a través, entre otras, de la versión que se grabó, en lengua griega y latina, sobre las paredes del templo de Roma y Augusto en la capital de Galacia, la antigua Ancira, actual Ankara (Turquía). El bigrafismo de la copia de Ancira evidencia que la importancia propagandística del texto no podía ocultarse a los ojos de las élites locales, más helenizadas que latinizadas en tiempos de Tiberio, sucesor de Augusto.

La inscripción de Ankara, más conocida por los epigrafistas como el *monumentum Ancynarum* es, hasta la fecha, una de las inscripciones latinas antiguas más extensas de cuantas se han conservado.<sup>2</sup> Se trata de uno más de los testimonios de la importancia que el primer emperador de Roma confirió a la escritura

<sup>1</sup> SUETONIO, *Augustus*, 88 (AILLOUD, 1931).

<sup>2</sup> Cfr. *Corpus Inscriptionum Latinarum* 3, 2. Una buena traducción y comentario de la inscripción en lengua española puede encontrarse en CORTÉS, 1994.

expuesta, no sólo como vehículo para el ejercicio de su poder político, sino como en este caso particular, para que sirviera como instrumento de ideologización más allá de su vida, dentro del ambicioso programa que se había trazado para garantizar la pervivencia del sistema político que él había logrado instaurar. Pero, al mismo tiempo, las *Res Gestae Divi Augusti* son un buen pretexto para destacar cuán frágiles son las evidencias que se conservan de la escritura en la Antigüedad clásica y cómo muchos testimonios que han llegado hasta nuestros días lo han hecho en unos casos de forma accidental y en su mayoría fragmentariamente.

Si se me permite parafrasear a Lucien Febvre, con estas flores, y a pesar de la ausencia de muchas de ellas, debemos fabricar nuestra miel los historiadores y filólogos que aspiramos a reconstruir la Historia de la Cultura Escrita en la Antigüedad clásica. Ciertamente, en los últimos años se han publicado interesantes trabajos, algunos de los cuales han sido reseñados en las páginas de anteriores números de la revista *Cultura Escrita & Sociedad*. Entre ellos, por ejemplo, la reciente monografía de Mireille Corbier<sup>3</sup> o la obra colectiva *L'écriture publique du pouvoir*,<sup>4</sup> a la que habría que sumar la más reciente contribución en lengua inglesa, editada hace unos meses, en cuyas páginas se incluye un capítulo de medio centenar de páginas en el que se ofrece un detenido análisis de la producción bibliográfica generada sobre el estudio de la cultura escrita en la Antigüedad en los últimos 25 años.<sup>5</sup> Las referencias bibliográficas disponibles en lengua española son más escasas<sup>6</sup> y a estas publicaciones se suma ahora este dossier, titulado *Epigrafía y cultura escrita en la Antigüedad clásica*, en el que han participado cuatro conocidos expertos que ofrecen en sus artículos un excelente estado de la cuestión en ámbitos geográficos y cronológicos que van desde la Grecia arcaica a la Roma imperial, pasando por la Grecia clásica y helenística y la compleja Hispania prerromana.

El primero de los trabajos que se incluyen es un artículo dedicado a la escritura en la Grecia arcaica, firmado por Juan Signes Codoñer, conocido especialista en esta materia, autor de una reciente monografía dedicada a la escritura y la literatura griega arcaicas, que fue reseñada en el segundo número de esta revista

---

<sup>3</sup> CORBIER, 2006.

<sup>4</sup> BRESSON, COCULA y PÉBARTHE, 2005.

<sup>5</sup> JOHNSON y PARKER, 2009.

<sup>6</sup> BARTOLOMÉ, GONZÁLEZ y QUIJADA, 2004; y BOWMAN y WOOLF, 2000.

por quien esto escribe.<sup>7</sup> En esta ocasión, el autor hace una aproximación metodológica a ocho grandes ámbitos de discusión en lo que se refiere a la extensión de la escritura y la literatura en la Grecia arcaica, en el que muestra el profundo conocimiento que posee sobre estas cuestiones en un trabajo muy erudito, documentado con abundantes referencias a las fuentes epigráficas y literarias, así como numerosas referencias a la bibliografía especializada más reciente.

Comienza Signes describiendo el uso de la escritura en la época en que Homero escribió sus poemas, desmontando algunas tesis recientes de algunos investigadores que pretenden ver en la *Iliada* y la *Odisea* dos obras que fueron copiadas y leídas por las élites aristocráticas de la Grecia del 800 a. C. Destaca también el autor la importancia que tiene el estudio de los poetas arcaicos para avanzar en la estrecha vinculación entre la extensión de la escritura y la idea de la poesía como literatura, y ello en un contexto en el que, como explica Juan Signes, no resulta fácil poder determinar la cronología de los autores a los que la tradición adjudica la autoría de esas obras. Es el caso, por ejemplo, no sólo de Homero, sino de poetas como el espartano Alcmán, menos conocido para el gran público, que vivió en la segunda mitad del siglo VII a. C., pero cuyas obras no fueron escrituradas hasta bien entrado el siglo III a. C.

No menos importante es la necesidad de realizar un análisis de los testimonios literarios y epigráficos que conservamos de los siglos arcaicos con el fin de conocer mejor cómo interiorizaron los griegos de la Época Arcaica su identidad panhelénica, lo que, entre otras cosas, permitiría contextualizar mejor la producción escrita en prosa de aquellos años, o la aceptación del alfabeto jonio como canónico por los helenos. Y, por encima de todo ello, como recuerda el autor, convendría una mayor cautela a la hora de datar cronológicamente los testimonios escritos más antiguos, ya que la larga tradición de expolios a los que se ha visto sometido el patrimonio arqueológico griego, sobre todo en la Magna Grecia, así lo aconseja.

Tendrán que avanzar los siglos hasta que ya en Época Clásica, y sobre todo Helenística, los griegos desarrollen su hábito epigráfico en un proceso que discurre en paralelo al desarrollo de las instituciones políticas y a la extensión de la lectura y la escritura entre las élites. El artículo de María Paz de Hoz García-Bellido analiza, con sumo detalle y con el apoyo de numerosas referencias que

---

<sup>7</sup> SIGNES, 2004; y RAMÍREZ SÁNCHEZ, 2006, 273-275.

jalonan su texto, la utilización de la escritura expuesta como expresión de prestigio y poder por las élites griegas en estos siglos, destacando cuáles son los mecanismos que utilizan éstas para alcanzar el reconocimiento y el honor entre sus contemporáneos, así como la perduración de su memoria para la posteridad. La autora se detiene, entre otros, en el análisis de los decretos honoríficos, de los que conservamos numerosos testimonios, que fueron utilizados por los ciudadanos como un medio más para expresar su poder y garantizar su posición social. A través de ellos y, sobre todo, de su evolución formal en el tiempo que transcurre desde la Época Clásica a la Helenística, es posible conocer cómo el ver expuesto en un lugar público el nombre de los ciudadanos más destacados, junto a la enumeración de sus méritos, terminó por convertirse en uno de los privilegios más considerados por las élites, por encima incluso de otros que, antaño, habían gozado de mayor consideración.

Más allá de las relaciones entre el poder y las escrituras expuestas vehiculadas a través de los decretos, las leyes emanadas de las distintas *poleis* griegas constituyen también una evidencia más del peso de la escritura frente a la fugacidad de las leyes transmitidas de forma oral. A diferencia de lo que sucederá en Roma, ya desde la Grecia arcaica abundan las leyes escritas y, sobre todo, el empeño por quienes las emiten por exhibirlas en lugares públicos. Pero será a partir de Alejandro Magno y, sobre todo, durante las dinastías reales fundadas por sus generales, cuando se introduzcan algunas innovaciones en la utilización política y, sobre todo, propagandística de lo escrito, en particular mediante el volcado en las inscripciones de aquellas cartas redactadas por los monarcas que, en unos casos, ellos mismos ordenaban que se reprodujesen, y en otros, eran difundidas por las propias *poleis*. Asistimos, de este modo, a un proceso que contribuirá al culto al soberano, que caracterizó la Grecia helenística y que sentó las bases sobre las que, posteriormente, se construirían los modelos imperiales romanos. Un botón de muestra, las *Res Gestae Divi Augusti*, mencionadas al comienzo de estas líneas, que como explica María Paz de Hoz tienen como precedente inscripciones como la que Antíoco I de Comagene ordenó esculpir en su monumento funerario a finales del siglo I a. C.

Si en el mundo griego de Época Clásica y Helenística comprobamos cuán estrecha fue la relación existente entre lo escrito y la monumentalidad de los soportes, hasta el extremo de que en no pocos casos muchas escrituras expuestas fueron concebidas más para ser vistas que para ser leídas, podemos asegurar que la máxima expresión de esta realidad se materializó en los últimos años de la

República romana y, sobre todo, en los primeros siglos del Imperio romano. Y nadie mejor que Marco Buonocore, gran estudioso de la epigrafía latina de la Italia central, para conocer lo que él denomina la *praxis* documental epigráfica de la legitimación pública y la autorrepresentación en la Italia de fines de la República y comienzos del Imperio. Su artículo permitirá conocer al lector cuáles son los mecanismos empleados por las élites romanas para utilizar la escritura expuesta plasmada en los epígrafes honoríficos, particularmente en los pedestales sobre los cuales se levantaban las estatuas de los ciudadanos, ya fuera a pie, ya fuera a caballo. Destaca el autor el empeño por comunicar la estrecha vinculación entre los actos benefactores del presente, que justifican el honor que la ciudad dispensa a los homenajeados con la erección del monumento que incorpora el epígrafe, y el interés por destacar los méritos de la carrera militar, política y sacerdotal, a través de los extensos *cursus honorum*.

Los ejemplos que Buonocore cita en su artículo son demasiados para glosarlos aquí, pero baste señalar la importancia de testimonios como la inscripción funeraria del sarcófago de *P. Paquis Scaeva*, un miembro del ordo senatorial de Histonium que, como explica el autor, posiblemente perteneciera a los círculos pitagóricos. Y no se detiene únicamente en los ejemplos de autorrepresentación de los hombres, sino que su trabajo también incluye interesantes referencias a las escrituras expuestas en las que las *mulieres distinguentes* encuentran también su espacio para la propaganda y la memoria, toda vez que las mujeres romanas, asimismo, se implican, con las limitaciones que le impone su condición social, en los espacios que tienen reservados en determinados cultos religiosos.

Finalmente llegamos al ejemplo hispano. El catálogo de inscripciones paleohispánicas publicadas hasta la fecha supera ampliamente los dos millares y se trata de una cifra que continúa creciendo anualmente, como consecuencia de los nuevos hallazgos arqueológicos. De estas más de 2000 inscripciones paleohispánicas, la cifra de textos ibéricos supera ampliamente las de otras lenguas hispánicas prerromanas. Y a ellas hay que unir las inscripciones grecoibéricas, fruto del estrecho contacto entre griegos e iberos. El artículo de Javier Velaza nos acerca al apasionante ámbito de las escrituras paleohispánicas y, en particular, al dominio ibérico, que este investigador conoce a la perfección y al que se acerca ahora con la intención de analizar la importancia que tienen las inscripciones ibéricas como instrumento de autorrepresentación de las élites. Para los profanos en la materia, conviene recordar que la lengua ibérica aún se empeña en

mantenerse indescifrable, a pesar de los notables avances de los filólogos en las últimas décadas. A este obstáculo deben unirse otros no menos importantes, que el propio Velaza enumera al comienzo de su trabajo, con el fin de despejar cualquier duda a los lectores, aunque quienes conocemos bien este campo, no dejamos de reconocer en su estrategia la lealtad de un investigador que, consciente de las limitaciones de las fuentes de que dispone, no pretende hurtar de su conocimiento a quienes carecen de todas las claves históricas y filológicas. En cualquier caso, coincido con el autor en que, pese a todas estas limitaciones que nos ofrecen las inscripciones ibéricas, en la actualidad estamos en una excelente posición para poder avanzar en el estudio de los estrechos vínculos entre escritura y poder en el mundo ibérico.

Siguiendo un recorrido diacrónico, podemos aproximarnos al problema, aún no resuelto, de los orígenes de la escritura ibérica, en particular la meridional, y sobre todo, de la naturaleza física de los primeros testimonios escritos, en su mayoría textos banales sobre distintos soportes, en usos estrechamente vinculados al ámbito de producción de bienes o al intercambio comercial. En cualquier caso, el fenómeno de la escritura en el mundo ibérico, al igual que sucede en otras civilizaciones del Mediterráneo antiguo, es netamente urbano. Y, precisamente vinculado a este carácter urbano, las primeras emisiones de moneda no van más allá de la mención del nombre de la ceca que las emite (como sucede, por ejemplo, con las llamadas «*dracmas* de imitación emporitana»), a las que hace referencia Javier Velaza), hasta que, con el paso de los años, las élites íberas toman conciencia de la importancia que poseen las monedas como vehículo de autorrepresentación, no sólo entre los miembros de su propia comunidad, sino incluso más allá de ésta. Los ejemplos de monedas con letreros en los que se mencionan nombres personales, que cita Velaza en su trabajo, constituyen una buena muestra del interés que los líderes locales manifestaron por dejar constancia de su poder, sin que de ello deban extraerse paralelos, más o menos forzados, con otras áreas mediterráneas. En cualquier caso, la paulatina introducción del hábito epigráfico sobre soportes y contextos más públicos vino de la mano, como es sabido, de los romanos. Tanto las inscripciones funerarias, como las que se realizaron para los contextos religiosos y edilicios, suponen un paso decidido hacia la visualización de las élites locales, al mismo tiempo que una clara muestra de la estrecha vinculación entre escritura expuesta y paisaje urbano, como muestran los ejemplos de Ampurias, Tarragona o Sagunto, prolijamente analizados por el autor.

En suma, cuatro aproximaciones que nos permitirán introducirnos en los usos de la escritura, más allá del aspecto externo de la misma o del mero inventario de nuevos testimonios, que es a lo que habitualmente nos dedicamos más los estudiosos de las inscripciones antiguas. Sin hurtar un ápice de información al lector, incluso en ocasiones aportando un caudal de referencias escritas, sobre todo epigráficas, que puedan desalentar a quienes se aventuren en la lectura de estos artículos pertrechados con un escaso bagaje, puedo asegurar que los cuatro especialistas que han participado en este monográfico dedicado a la Epigrafía y la Historia de la Cultura Escrita en la Antigüedad clásica, ofrecen en sus artículos una excelente muestra de su buen hacer profesional, en un camino en el que aún queda mucho por recorrer. Espero que estas páginas que siguen ayuden a ofrecer, si no un punto de llegada, sí al menos un excelente punto de partida.



#### Referencias bibliográficas

- AILLOUD, Henri: *Suétone. Vie des douze Césars. Tome I: César-Auguste*, París: Les Belles Lettres, 1931.
- BARTOLOMÉ, Jesús; María Cruz GONZÁLEZ y Milagros QUIJADA (eds.): *La escritura y el libro en la Antigüedad*, Madrid: Ediciones Clásicas, 2004.
- BOWMAN, Alain K. y Greg WOOLF (eds.): *Literacy and Power in the Ancient World*, Cambridge: Cambridge University Press, 1996 [*Cultura escrita y poder en el mundo antiguo*, Barcelona: Gedisa, 2000].
- BRESSON, Alain; Anne-Marie COCULA y Christophe PÉBARTHE: *L'écriture publique du pouvoir*, Burdeos: Diffusion de Boccard, 2005.
- CORBIER, Mireille: *Donner à voir, donner à lire. Mémoire et communication dans la Rome ancienne*, París: Centre Nationale de la Recherche Scientifique (CNRS), 2006.
- CORTÉS, Juan Manuel (ed.): *Res Gestae Diui Augusti*, Madrid: Ediciones Clásicas, 1994.
- JOHNSON, William A. y Holt N. PARKER (eds.): *Ancient Literacies: The Culture of Reading in Greece and Rome*, Oxford; New York: Oxford University Press, 2009.
- NEWBY, Zhara y Ruth LEADER-NEWBY (eds.): *Art and Inscriptions in the Ancient World*, Cambridge: Cambridge University Press, 2006.
- RAMÍREZ SÁNCHEZ, Manuel: «De cuando Homero aprendió a escribir», *Cultura Escrita & Sociedad*, 2, 2006, pp. 273-275.
- SIGNES CODOÑER, Juan: *Escritura y literatura en la Grecia arcaica*, Madrid: Akal, 2004.